

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO IX.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

MURCIA 28 DE FEBRERO DE 1897.

La correspondencia al director, Redacción y Administración: Apóstoles, 11. bajo. Número suelto 10 céntimos.

NÚM. 358.

ADVERTENCIA.

Toda persona que se suscriba a LA JUVENTUD LITERARIA y adelante el importe de un semestre, se le regalará un ejemplar del «Album de Belleza», cuya edición está casi agotada.

Los suscriptores pueden adquirirlo al precio de cincuenta céntimos de peseta.

La Juventud Literaria



PALIQUE

ODO es bullicio y alegría.

Carnaval es, para nosotros, una inocentada, pues disfrazarse para embromar al prójimo, es lo más tonto que se conoce.

Hace ya más de 10 años que no hemos tenido el placer de ponernos una careta,

y en verdad que no nos pesa.

Nosotros no podemos comprender como se pueda divertir la gente sudando la gota gorda, y diciendo simplemente a sus amigos y conocidos: *Adios, que no me conoces.*

El Carnaval, se puede decir que ha fallecido y que de él solo nos queda el recuerdo de lo que fué.

La celebración del Carnaval viene de mucho más atrás que la institución del Cristianismo.

Todos los pueblos de la antigüedad tenían ciertas épocas de licencia y algazara.

Los Hebreos, a pesar de las prohibiciones del Deuteronomio, celebraban con disfraces la fiesta de *Pharimo*, que empero, estaba aprobada, y según parece había sido instituida en memoria de haberse libertado los Judíos de las asechanzas de Amán, que intentó hacer entre ellos un destroz general.

En Grecia hubo también fiestas parecidas, en las que los hombres y las mujeres se cubrían el rostro con hojas, ó se lo figuraban ennegreciéndolo ó de cualquiera otro modo.

Las saturnales de la antigua Roma bien conocidas son; aquella época de fugitiva igualdad, en que el esclavo se ponía los vestidos de su amo, se sentaba con él a la mesa, mandaba en jefe y era obedecido.

¡Miserable desahogo de un día que al siguiente le representaba mucho más dura su condición!

El Carnaval, en Venecia, adquirió gran fama y de todas las naciones de Europa concurrían infinidad de personas a aquellas animadas diversiones, que más bien pudiéramos llamar bacanales.

Milán y Roma también se distinguieron, aunque no tanto, por esta clase de fiestas, en las que llegaron algunas veces a tomar parte, personas, que por su carácter, debieron dedicarse a más serios entretenimientos.

Hoy es el Carnaval en las ciudades ciudades lo que en las demás partes, con corta diferencia.

En Roma hay un *Martes Gordo*, parecido al de París, durante el cual la gente del pueblo brinca y alborota, sale a las calles con una especie de velas ó teas encendidas, que unos a otros procuran apagar, prorrumpiendo en grandes carcajadas cuando lo consiguen.

En Milán ha quedado reducido el Carnaval, lo mismo que en Venecia, a una sombra de lo que fué.

En Francia ha solido la gente divertirse grandemente en esta época. Los bailes de máscaras en tiempo de Luis XIV, son célebres.

Hoy la gente del pueblo se divierte grandemente con sus pantomimas ridículas, entre ellas, el paseo del buey gordo.

A Inglaterra hubieron de parecerle bien las costumbres de Francia, principalmente las de su corte, pues no tardó en adoptarlas.

Los Godos, parece ser, ne les complacía la diversion de los Romanos; mas no hay noticia cierta de que durante su dominación hubiesen proscrito esta costumbre de los vencidos.

Lo positivo es, que los Árabes tuvieron asimismo su tiempo de máscaras, y que a poco de su expulsión de la Península, estaban muy generalizadas entre nuestros antepasados.

España tuvo su época de máscaras y regocijos públicos parecidos a los de Roma.

Los catalanes son los más aficionados a estas fiestas, pues hoy, en muchas de sus poblaciones se conocen juegos y combates de máscaras, como el *Baile del Diablo* y otras.

El Carnaval ha decaído, repetimos, pues por calles y plazas no vemos hoy más que mascarones de gusto depravado, rayando a menudo entre lo indecente y lo asqueroso, y esto nos entristece al recordar el ayer pasado.

Aquellas cabalgatas que simbolizaban, generalmente, algún asunto de actualidad, desaparecieron, como en Murcia desapareció su celebrado Entierro de la Sardina, que como ensueño dichoso, recordamos aun con alegría.

Los bailes de máscaras que ahora se celebran son tan distintos a los de nuestros abuelos, como el día lo es de la noche.

Conformémonos, pues, con el Carnaval de hoy.

Mientras unos se divierten en estos tres días de locura y algazara, otros, con la Iglesia católica, elevan sus preces al Todopoderoso, para desagraviar, en parte, las ofensas que se le hacen.

RAMON BLANCO.



LA CARIDAD

Décimas.

Nacida esta Sociedad con tan excelente nombre creo no ha quedado un hombre sin decir: *¿Qué es Caridad?* Esta pregunta en verdad que al parecer no fatiga al que a responder obliga, hoy me pone en grande apuro: señores, les aseguro que la cosa tiene miga.

¿Quién al ser interrogado sobre esta pregunta rara, no ha visto la cosa clara y su opinión no ha mostrado? ¿Quién se ha sentido parado por el tal interrogante y no ha exclamado al instante sin caldearse nada el seso: *¿Caridad?... ¡claro!... si es... eso y no ha pasado adelante?*

¡Eso!... y *¿qué es eso?*—Pues nada, dice alguno definiendo, la limosna... el pan... Comprendo, la miseria remediada. Otros, cual quien dice nada, la declaran exclusiva, pretenden que se prohíba como a género estancado y exigen cuando sea usado patente caritativa.

Si a todo el que te tropiece así le vas preguntando, según vengan contestando te soltarán mil sandeces. También te dirán a veces ideas muy bien pensadas dignas de ser conservadas, y es que sus vastas acciones en tantas definiciones no pueden ser encerradas.

«Caridad» es a mi ver, (y allá van definiciones)

virtud que a los corazones hace en bondades arder. La Caridad es, el ver en el prójimo un hermano; es, a iento sobrehumano; es, voz de desprendimiento, es, el amoroso acento del Hacedor soberano.

Ella tiende al que padece una mano protectora; ella, con el triste llora y el infortunio ennoblece. Al huérfano le guarece y le enseña la virtud; dá apoyo a la senectud y en asilos y hospitales remedia infinitos males y al enfermo dá salud.

Ella es manantial fecundo que de los cielos desciende y sus bondades extiende por los ámbitos del mundo. Desde el Océano profundo hasta el Himala ya helado, ningún rincón olvidado queda a su amoroso anhelo, llevando siempre el consuelo donde encuentra al desgraciado.

Segun el modo de ser del hombre, así se señala, formando una hermosa escala que se ensancha al ascender. La siente, el salvaje, arder; en su tienda el agareno, y conmueve el mundo, lleno de su benéfica luz, cuando muere en una cruz el divino Nazareno.

Si de esta virtud se indica que cuanto toca engrandece y el corazón embellece del que sus leyes practica; si todo lo vivifica con sus timbres soberanos, los festivales humanos serán de más grande estima si es el fin que los anima socorrer a sus hermanos.

Así lo entiendo, y si llega hoy a decirlo mi labio, ni me las hecho de sabio ni de intérprete de pega. Si alguno, otra cosa alega, bien puede que sea verdad, pero yo en mi ceguedad la creo así color de rosa, y solo quiero una cosa: que viva «La Caridad.»

J. M. BALAGUER.

Orihuela Febrero 1897.

